

*De una ciudad no disfrutas las siete o setenta y siete maravillas,
sino la respuesta que da a una pregunta tuya.*

Italo Calvino

El Libro de las maravillas del mundo es el triunfo del poder de la palabra. Comparte con *Las mil y una noches* ese atributo y el de ser un libro inagotable. Pero, a diferencia de Sherezade, quien cada noche debe hilvanar relatos cautivantes para conservar su vida, Marco Polo lo hace para seguir disfrutando de un estatus de privilegio único en la historia de la humanidad.

Imaginemos a un jovencísimo muchacho, blanco, occidental, italiano, hijo y sobrino de comerciantes, que desde el comienzo entiende que, en tierras y costumbres exóticas, lo más exótico resulta ser él mismo. Alguien a quien no le resulta ajeno el componente seductor que ello conlleva, y a lo que suma el atractivo de sus relatos orales, convirtiéndose él mismo —su mirada y sus palabras— en el más alto valor de mercancía, superando, de esta manera, a su propio padre.

Merced de sus encantos, obtiene las tablas de salvoconducto y honores que le otorga el emperador más poderoso de la historia para moverse con absoluta libertad por los territorios del imperio más vasto de la humanidad. Como contraparte, sus palabras serán las encargadas de transmitirle al Gran Kan las riquezas de los confines de un imperio que no puede contemplar por la propia desmesura de lo que posee.

Los relatos de Marco Polo construyen y sostienen su rol de juglar, de dibujante de mapas etéreos, de occidental impresionado frente a tradiciones ignotas, a especias de esplendoroso valor, a ciudades inverosímiles, a batallas magnánimas, a libertades sexuales femeninas impensadas en la Europa donde la Inquisición ya es un hecho palpable. Todo ello se encuentra tamizado por algo que Polo sabe perfectamente: no hay

lenguaje sin engaño. Por eso, a un paisaje de por sí fantástico le añade la desmesura y el esplendor de la fábula personal. A la manera de los bestiarios antiguos, describe animales, lugares y costumbres en los que confluyen ficción y realidad, obteniendo así la mercancía más preciada que lo sostiene en el lugar de primer embajador de la historia.

Un oasis, una vena de agua, un collar de piedras preciosas obtenido como premio a las gestas sexuales, la sombra dentada de una palmera, una fortaleza que emula el Edén y por la que discurren ríos de vino y miel. No importa «la verdad», sino la fuerza con la que impactan sus historias. Esto vale para Marco Polo como para la literatura toda: ninguna petulante pretensión de objetividad, ni el temor que se esconde en las pancartas que aseguran «basado en hechos reales» van a rescatar jamás una obra artística de la parálisis de sus miembros por falta de latido interno.

El Libro de las maravillas del mundo, texto de relevante valor histórico universal, lo tiene todo: batallas, sensualidad, verdadera diversidad cultural de un mundo que aún no estaba bajo el peso aplastante de la univocidad occidental. Los viajes de Polo anticipan, incluso, ese momento de curiosidad en que Occidente se lanza a expandir los estrechos horizontes —al menos los físicos—, y que encuentra su punto álgido en la colonización de América, o su mal llamado «descubrimiento». Lo tiene todo... excepto la poesía. Polo es un fascinado por lo que vive y ve, pero como Sherezade, debe convencer. Sus relatos tienen un fin pragmático. Italo Calvino lo leyó sabiamente —tal era la costumbre de ese genio arquitectónico de las letras—, y fue ese elemento, justamente, el que añadió de

su puño y letra en sus inolvidables Ciudades Invisibles.

En esta edición, la poesía está a cargo de Vincenzo del Vecchio. Compatriota de Polo y de Calvino, arquitecto de la forma y del color, ha realizado un profuso trabajo de acuarela y plumilla para jugar con esos lindes en que colisionan realidad y ficción, y extraer de ese encuentro la maravilla en la que el trazo de la fronda delinea la figura de un unicornio, o las líneas de una ciudad dibujan el cautivante perfil de una mujer que invita a la exploración.

Hay, en este trabajo -compuesto por más de cincuenta acuarelas y más de un centenar de dibujos con plumilla-, dos preponderancias cromáticas: el rojo, color de la exuberancia y sensualidad que recorre los paisajes, de la sangre propia del linaje imperial, de los rubíes más grandes del mundo. Y el azul, que simboliza el anhelo de ver más allá de lo conocido y que es propio de cielos y mares, de las cerámicas chinas del té y de las aguas primigenias de la Venecia circular con la que comienza y finaliza el libro.

En cuanto a la palabra, esta moderna edición rescata el valor dinámico del primer libro de viajes de la historia sin el peso de las disquisiciones catedráticas, al tiempo que alienta a las nuevas generaciones (y a todo aquel que no lo haya hecho aún) a zambullirse en una obra compuesta por textos breves, ágiles, en clave de microrrelato, plagados de imaginación y de belleza, sin caer en la banalidad de los textos «adaptados».

Para profundizar este dinamismo, hemos efectuado un recorte en el cuerpo del escrito, dando relevancia a los pasajes que se desarrollan sobre los ejes bíblicos-religiosos (Arca de Noé, Reyes Magos, vida de

Buda...), costumbres y riquezas de ciudades (rubíes, lapislázuli, pimienta, perlas, sal...), fábulas y leyendas (Preste Juan, fortaleza de Alamut y los asesinos...), descripción de paisajes extraordinarios (desiertos, oasis, montañas, mares), y hemos prescindido de aquellos capítulos y pasajes que repiten una estructura narrativa ya desarrollada en episodios de mayor importancia —Bagdad, por ejemplo—, sin ofrecer elementos de valor adicional.

Al fin, este es un libro que incita a viajar. Eso mismo hicieron Marco Polo y Rustichello da Pisa cuando, presos en la celda que los aunó en el desánimo, arrebatados de todo horizonte posible, viajaron mientras Polo volvía a relatar las aventuras que Rustichello volcaba sobre el papel. Gracias a este incomparable poder de la palabra existe el libro que ahora tienes en tus manos.

¿Qué habría pasado si no hubiera sucedido el tifón que azotó las costas japonesas asediadas por el ejército mongol, o si el Gran Kan no hubiese muerto cuando su ejército se encontraba en las puertas de Europa, y no se hubiera retirado de lo que, muy posiblemente, habría sido un triunfo aplastante? El mundo es el que es y no el que podría haber sido. Pero el testimonio de Marco Polo nos acerca los tesoros incommensurables de un tiempo de diversidades asombrosas en un tono de fábula sin par.

Martín Evelson